



LA BIBLIOTECA POPULAR DE BARTOLOMÉ VICTORY Y SUÁREZ,
PRIMERA EDITORIAL DE LA IZQUIERDA ARGENTINA. 1864-65

HORACIO TARCUS
CEDINCI/UNSAM/CONICET

En el año de 1864, dos años después de la Batalla de Pavón, la nación argentina aparecía finalmente unificada, aunque las montoneras del interior resistían armas en mano las políticas centralistas del presidente Mitre. A pesar de los conflictos, y de que el país se preparaba para una guerra impopular contra el Paraguay, el territorio nacional se poblaba de inmigrantes al mismo tiempo que se extendían vertiginosamente los telégrafos, los ferrocarriles y los alambrados.

Aunque numerosos medios de prensa agitaban la vida política de las ciudades, habría que esperar al menos una década para ver configurado un sistema estable de prensa nacional. Y si bien las imprentas de las ciudades más grandes, como Buenos Aires y Córdoba, daban a luz periódicos, revistas y libros, aún no habían surgido en el país verdaderas casas editoriales. Las librerías se nutrían sobre todo de libros editados en España y Francia. “Aquí no hay –con excepción de rarísimos ejemplos– editores que puedan llamarse propiamente así”, se lamentaba Ernesto Quesada, todavía en 1882. No sin perspicacia, Sergio Pastormerlo ha señalado que precisamente en el contexto de un proceso de modernización literaria, voces como la de Quesada “se agudizaron para lamentar los signos ausentes de una literatura moderna”. Y añade a continuación: “Una historia de las editoriales argentinas, por otra parte, no debería olvidar la aclaración de Quesada (‘con excepción de rarísimos ejemplos’) si tiene algún interés en captar el momento de emergencia de un campo editorial” (Pastormerlo 2006: 3).

Pastormerlo señala que la llamada “ampliación del público lector” tan bien estudiada para la década de 1920 debe remitirse “a las décadas de 1870 y 1880, cuando el proceso se inició con las reconfiguraciones decisivas propias de una emergencia”. Esto es, cuando la cultura letrada dejaba de ser “un ámbito reducido y relativamente homogéneo, reservado a una minoría social, para convertirse en un espacio plural y escindido donde debieron convivir, no sin conflictos, dos circuitos de producción y consumo culturales: un circuito culto y un circuito popular” (2).



No es casual, pues, que una de las primeras experiencias editoriales argentinas desplegada en la ciudad de Buenos Aires, incluso años algunos antes de la datación de Pastormerlo, lleve por título “Biblioteca Popular”. La trayectoria de su mentor, Bartolomé Victory y Suárez (1833-1897), parece graficar este movimiento: este hijo de la cultura obrera catalana de la década de 1840-50 –era tipógrafo, miembro de esa “aristocracia obrera” del siglo XIX– se exilia en Buenos Aires en 1857 vinculándose al incipiente movimiento mutualista y asociacionista local (la Sociedad Tipográfica Bonaerense) al mismo tiempo que conquista un lugar como editor, periodista e incluso administrador dentro de la élite letrada porteña. Producto de la cultura popular, encuentra un lugar dentro de la élite, y desde ella lanza su proyecto editorial, que no duda en bautizar “Biblioteca Popular”. Cuando el ciclo de la cultura popular se consuma, hacia la década de 1920, lo “popular” –observa Pastormerlo– se superpone con lo “comercial”. Pero en 1864 “Biblioteca Popular” no quiere decir otra cosa que una colección de libros escogidos para la instrucción del Pueblo.

Hasta donde sabemos, la Biblioteca se compone sólo de cinco títulos aparecidos entre septiembre de 1864 y 1865. Conviene repasarlos uno a uno, atender brevemente a sus características gráficas y sobre todo al sistema de notas del editor. Una vez presentados los títulos, nos preguntaremos por la coherencia político-intelectual de la colección.

La “Biblioteca Popular”

En ese año de 1864 se inauguraba en Buenos Aires la “Biblioteca Popular” con un grueso volumen de 19 cm. de alto. Decía en su carátula:

Biblioteca Popular
La democracia en América
por Alejandro de Tocqueville
Traducción de la X edición francesa
Buenos Aires, Imprenta Central de Bartolomé Victory y Suárez Editor
454 Calle de Rivadavia 458
1864
(535, XLII, 56+ ; 19 cm.)

Se trata de la primera edición de este clásico del pensamiento político del siglo XIX realizada en Sudamérica y la segunda realizada en América Latina. La obra había sido



publicada originalmente en dos partes en París: la primera en 1835 (dos volúmenes) y la segunda en 1840 (otros dos volúmenes). En 1836 ya se había traducido la primera parte al inglés y al castellano (en París). La primera traducción completa al español es la realizada en España en 1842; hay una edición mexicana de 1855 y en 1864 la que publicó Victory en Buenos Aires.¹

En la primera página, fechada el 1° de septiembre de 1864, “El Editor” se dirige al “Lector” para justificar la publicación de esta obra en un nuevo y dramático contexto, el de la Guerra de Secesión (1861-1865). Para Victory, este libro no sólo permitiría a los lectores argentinos comprender la dinámica de la guerra civil, sino también el hecho de que la abolición de la esclavitud en el Norte y el triunfo de la Unión significarían la implantación de una República federativa, de base democrática, sistema que desde entonces habría de tener “más seguridades de estabilidad en doquiera que exista o se proclame” (p. 1).

El editor tiene la precaución de aclarar en la misma portada qué edición (10ª ed. francesa, de 1848) ha sido traducida la obra, aunque no consigna el nombre del traductor (seguramente porque toma una versión preexistente, la española). Pero Victory, luego de compulsar la edición española de 1854, en la que se basa, con varias ediciones francesas, advierte que una serie de notas, párrafos e incluso artículos han

¹ La sucesión de ediciones castellanas es la siguiente: *De la democracia en la América del Norte*, por D. A. Sánchez de Bustamante, París, Rosa, 1836, 2 vols.; *De la democracia en la América del Norte*, París, 1837, 2 vols.; *De la democracia en la América del Norte*. Traducida al español por Leopoldo Borda, París, Librería de D. Vicente Salvá, 1842, 2 vols.; *La democracia en América*, por Alejo de Tocqueville, abogado del Real Tribunal de París, uno de los autores del libro titulado *Sistema penitenciario de los Estados Unidos*, traducido al español por D. L. Roado Brandaris, Madrid, Imp. de N. Sanchiz, 1843, 8º mayor. Sólo se publicó el tomo I de seis o siete que debía constar toda la edición; *De la democracia en América*. Con un examen de la democracia en los Estados Unidos y en Suiza, seguido de un estudio sobre el carácter democrático de la sociedad española por E. Chao, Madrid, Trujillo, 1854; *De la democracia en la América del Norte*, con un examen de la democracia en los Estados Unidos y en Suiza, por Alejandro de Tocqueville, miembro del Instituto de Francia... Traducida por D. A. Sánchez de Bustamante, México, Publicación del Republicano, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1855, 2 vols. 16º (Palau 332845). Palau y Dulcet registra escuetamente la edición de Victory y Suárez: “Existe edición de Buenos Aires, 1864, 6 pesos Suárez 1926”. Deberá transcurrir casi medio siglo para que aparezca la edición siguiente, que es la de Jorro de Madrid, 1911, 2 vols., traducción de Carlos Cerrillo Escobar: *La democracia en América*. Esta es la edición usual en lengua castellana hasta que se establece la edición castellana del FCE anotada por Mayer, recién en 1959. Datos construidos sobre la base de la edición de FCE de *La democracia en América* (México, FCE, 1959, p. 740); el Apéndice III a la edición americana anotada por Phillips Bradley: *Democracy in America* (New York, Alfred A. Knopp, 1945): (“Appendix III. Editions of *Democracy in America* by Alexis Charles de Tocqueville”, vol. II, p. 385 y ss.) y la información proporcionada por Palau y Dulcet (*Manual del librero hispano-americano: inventario bibliográfico de la producción científica y literaria de España y de la América latina desde la invención de la imprenta hasta nuestros días, con el valor comercial de todos los artículos descritos*, Madrid, Librería anticuaria, 1927, volumen 23, p. 128).



sido suprimidos. Considera “imperdonable” esta mutilación “en un país libre como éste” y por lo tanto los repone al final de la obra, en el “Apéndice”, bajo el título “Notas adicionales de la obra”. A continuación añade un artículo tomado de la prensa española titulado “La grandeza de los Estados Unidos se manifiesta por hechos prodigiosos que pueden traducirse en números”. En nota final Victory nos advierte: “El artículo que antecede se ha copiado del periódico *democrático socialista español La Discusión* (Madrid, 11 julio 1864) y las notas que lleva han sido añadidas por el autor de esta edición” (p. 52 del Apéndice; cursivas en el original).

Un pequeño grabado que se repetirá en todas las portadas sirve de logotipo a la “Biblioteca Popular”: se trata de un libro abierto, que apoya a su vez sobre otro libro que le sirve de atril de lectura. Un libro sobre otro libro.

Su segunda entrega es:

Biblioteca Popular
Segunda publicación
El Comunismo
de Esteban Cabet
Abogado, escritor público, exdiputado, exprocurador general
y Jefe de la Colonia Icariana.
Traducido y aumentado con citas y notas integradas en el texto.
Buenos Aires, Imprenta Central de Bartolomé Victory y Suárez Editor
454 Calle de Rivadavia 458
1864
(157 p.)

Estamos aquí ante la segunda edición de este texto de Cabet en castellano, y ante la primera edición en América. Cabet no era desconocido en los medios republicanos y democráticos. Su *Viaje por Icaria* lo había hecho muy popular desde la década de 1840, no sólo en Europa sino también en América. El *Viaje* había sido traducido al castellano en Barcelona en 1848² y ejemplares de esta edición se vendían en las librerías de Buenos Aires, Santiago de Chile y Montevideo, figurando también en los catálogos de las bibliotecas populares finiseculares. Los cabetianos catalanes habían hecho también ese mismo año traducciones de dos folletos de Cabet: “De qué manera soy comunista” y “Mi Credo Comunista” (Elorza 1970: 102). Pero el folleto de Cabet, muchas veces reeditado en Francia –titulado en su edición original *Comment je suis communiste et*

² Cabet, Étienne, *Viage por Icaria*, Barcelona, Imprenta y Librería Oriental, 1848, trad. de Francisco J. Orellana y Narciso Monturiol.



mon Credo communiste (Paris, mars 1841)– y traducido y desdoblado en dos partes en 1848 en Barcelona, se editaba ahora por primera vez en América. El lector argentino habrá tenido, a través de la edición que Victory titula como *El Comunismo de Esteban Cabet*, la primera información biográfica sobre el autor y una mayor precisión sobre su doctrina. A las notas que inserta Victory en esta edición nos referiremos al final.

Su tercera entrega es:

Biblioteca Popular
Tercera publicación

Jurisprudencia inquisitorial o Manual de inquisidores

de Nicolas Eymerich

Se aclara: “Edición aumentada con notas y documentos históricos”.

Traducido por José Marchena

Buenos Aires, Imprenta Central de Bartolomé Victory y Suárez Editor

454 Calle de Rivadavia 458

1864

(192 pp.)

Seguramente tomada del *Manual de inquisidores* en la edición abreviada, traducida y comentada por Don José Marchena y Ruiz:

Manual de Inquisidores, para uso de las Inquisiciones de España y Portugal, o compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores, de Nicolás Eymerico. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpellier [sic], Imprenta de Feliz Aviñón, 1819: XII-159 páginas (hay ejemplares con portada de Burdeos).

Según el estudio de Jaume de Puig i Oliver, esta era la 11ª vez que se editaba el *Manual* y la primera en castellano. Una reedición (12ª) apareció en Montpellier en 1821 y una nueva edición apareció en Madrid en 1822 (13ª). La 14ª edición es la que emprende Victory en Buenos Aires.

Como es sabido, el Abate Marchena (1768-1821) fue un periodista y traductor español de orientación liberal que vivió buena parte de su vida exiliado en Francia escapando precisamente de la Inquisición, lo que le permitió participar en los acontecimientos de la Revolución de 1789. A su labor de traductor se debe la difusión en lengua castellana de autores como Lucrecio, Voltaire, Rousseau, Volney, Molière y Montesquieu.

Nicolau Aymerich (Gerona, c. 1320 – 4/1/1399) fue un teólogo católico que se desempeñó como Inquisidor General de la Corona de Aragón durante la segunda mitad



del siglo XIV. Su obra máxima, el *Directorium inquisitorium*, compuesta en 1376, fue un célebre manual que circuló inicialmente en copias manuscritas y que utilizaron durante siglos los inquisidores de España y Portugal como regla de práctica y código criminal. Aymerich trató de definir diversas formas de “brujería” como una herejía y una serie de métodos para identificar todo tipo de prácticas heréticas. Describe también diversas formas de extraer una confesión, incluyendo formas de manipulación psicológica primitivas, sin excluir la tortura, que él mismo practicó.

Fueron los librepensadores, y luego sus herederos izquierdistas, quienes se empeñaron en difundir esta pieza siniestra del pensamiento inquisitorial. Incluso fue reeditada en el siglo XX, sobre todo en España y Portugal. Por ejemplo, en 1982 la editorial izquierdista Fontamara de Barcelona reprodujo la vieja traducción del abate Marchena con el título de *Manual de Inquisidores*, y un año después la reeditaba el argentino-español Jacobo Muchnik en traducción del francés por Francisco Martín, agregando una Introducción, traducción del latín al francés y notas de Luis Sala-Molins (*El Manual de los Inquisidores*).

El cuarto volumen fue:

**Constituciones
de los
Estados Unidos
y del
Estado de Nueva-York**
Buenos Aires, Imprenta Central de Bartolomé Victory y Suárez Editor
N° 454 — Calle de Rivadavia — 458
1864
(44 pp.)

Se trata de una tirada aparte de los textos de ambas constituciones que Victory ya había publicado dentro la edición del libro de Tocqueville.

Y, finalmente, el quinto y aparentemente último volumen fue:

Biblioteca Popular
Ceferino Treserra
El derecho democrático
Buenos Aires, Imprenta Central de Bartolomé Victory y Suárez Editor
454 Calle de Rivadavia 458



1865
(16 pp.)

Su autor, Ceferino Tresserra y Ventosa (Barcelona, 1830 – La Coruña, 1880), hoy olvidado incluso en España, fue un político demócrata, federalista y masón. Periodista y escritor, fue autor de varias novelas filosófico sociales que conocieron en su tiempo una amplia difusión popular. Fue perseguido por su pertenencia al Partido Demócrata español (1849-1869), un desgajamiento del Partido Progresista liderado por Pi y Margall, colaborando en su periódico, *La Discusión*. Inicialmente intervino en la propagación de las ideas del socialismo utópico en España, fundando en 1858 una sociedad secreta sobre el modelo del carbonarismo italiano que se extendió por Cataluña y Andalucía y que finalmente desarticuló la policía, por lo cual fue a parar a la cárcel en ese mismo año. Había publicado en 1859 “su famoso *Cuadro sinóptico del derecho democrático*, que fue denunciado y recogido de real orden, a la instancia del Obispo de Barcelona después del término legal que marcaba la ley, pero a pesar de esto se vendía subrepticamente” (Garrido 1869: III, 861). De esa experiencia carcelaria surgen *Los misterios del Saladero. Novela filosófico-social* (1860), obra muy cercana a las de Eugenio Sue por la pintura de las clases bajas y la vida del delito. Tresserra fue también autor de numerosas obras políticas, entre las que se destacó su *Cuadro sinóptico de la democracia española*.³ Según Rodríguez Solís, “Miles y miles se vendieron de esta hoja que muchos consideraron como el Evangelio del pueblo, y no había casino ni sociedad obrera de Cataluña que no lo poseyera manteniéndole oculto para los desconocidos, pero descubierto y estudiado y aprendido de memoria por todos los hijos del pueblo, por todos los demócratas” (cit. en Ramos González 2008: 88). Durante la Primera República, Tresserra fue gobernador civil de Soria y de Palencia. Impulsó la creación de un volumen colectivo de escritores catalanes titulado *El libro del obrero* (1862) en homenaje a Anselmo Clavé, fundador de las “sociedades corales”, formadas por gente de la clase trabajadora.

³ *Porvenir de las asociaciones de la clase obrera*, Barcelona, 1855; *Tablas del derecho democrático*, Barcelona, Manero, 1859; *Cuadro sinóptico de la democracia española*, Barcelona, Manero, 1865 (lámina de 73 x 53 cm, con retratos de Confucio, Platón, Cristo, Gutemberg, Galileo, Franklin); *Cuadro sinóptico del Derecho democrático (Prohibido por los Gobiernos borbónicos)*, Barcelona, 1869; *¿Los anarquistas, los socialistas y los comunistas son demócratas?*, Barcelona, Librería de Salvador Manero, 1861; *Catecismo democrático-republicano*, Manuel Galiano, 1868; *Catecismo de la Federación Republicano-democrática*, Madrid, Molino y Cía, 1870; *¿Hay Dios? Estudio crítico-filosófico de la cuestión de las cuestiones según el racionalismo puro*, 1873, 3ª ed.



Ahora bien, presentados los cinco títulos y sus autores, se impone la pregunta por su unidad dentro de una colección editorial. Y con mucho mayor sentido se impone la pregunta por la unidad política del conjunto: ¿es posible concluir que la suma de: un clásico del pensamiento político liberal como Tocqueville, de las Constituciones de los Estados Unidos y del Estado de Nueva York, de un manual de la Inquisición, de un libelo de un demócrata radical como Tresserra y de unos textos de un utopista como Cabet, constituyan un proyecto editorial de izquierda? Y, en todo caso, ¿qué quiere decir “izquierda” en la Argentina de 1864?

Poco es lo que se sabe de la vida y del pensamiento de Bartolomé Victory y Suárez, de su formación, de sus lecturas, de sus correspondencias con sus viejos compañeros del universo tipográfico y periodístico español, como para responder acabadamente estos interrogantes. Sin embargo, un recorrido por su itinerario biográfico, atendiendo sobre todo a su etapa formativa en la Barcelona de 1840 y 1850, nos proporcionará una clave preciosa para advertir la intrínseca unidad ideológica de un proyecto como la “Biblioteca Popular”, que de otro modo podría aparecer como una suma heteróclita de libros y autores.

Itinerario de Victory y Suárez

Bartolomé Victory y Suárez había nacido en Mahón, isla de Menorca, el 2 de agosto de 1833 en el seno de una familia obrera. Sabemos por propio testimonio que cuando contaba “solamente siete años de edad, frecuentaba una humilde escuela dirigida por un pobre dómine anciano, achacoso y algo dado a la impaciencia”. A la edad de trece años (1846) dejó Mahón para no volver: se radicó en Barcelona, donde su padre José Victory, tipógrafo y masón, montó una imprenta. Aquí trabajó como tipógrafo y participó junto a su padre en los albores de la agitación socialista y la organización obrera catalana, que conoció un período de auge entre 1854 y 1856. En 1855 colabora en el diario *El Tribuno* de Barcelona. Enrolados en las filas republicanas, padre e hijo participan de la resistencia armada cuando se produce la represión de la huelga general catalana en el contexto de la llamada “reacción del 56”. Es en este cuadro de represión obrera que José Victory debe desarmar su imprenta y exiliarse con su familia en la Argentina, arribando a Buenos Aires el 9 de octubre de 1857 en un barco mercante inglés. Bartolomé establece en esta ciudad, en la calle Rivadavia 454/458, la “Imprenta



Central de B. Victory y Suárez Editor”, desde donde lanza su “Biblioteca Popular”.

Por motivos de salud hacia 1865 debe dejar el oficio gráfico y se dedica al periodismo. Durante 1863 dirige el periódico *El Artesano*, pionero del periodismo obrero y socialista en la Argentina, donde se publican textos de otros *quarante-huitards* europeos y americanos, como Francisco Bilbao, Amadeo Jacques y Alejo Peyret. Además de querer constituirse en una suerte de “enciclopedia” de los artesanos y pequeños industriales, busca legitimar muy tempranamente ante la opinión pública la “cuestión social” dentro del proyecto de Nación, sin presentar a una y al otro como antagónicos. Dirige luego, sucesivamente, tres periódicos: *El Pueblo Español* (1865), *La Iberia* (1867) y *Crónica del Progreso* (1867), este último de orientación masónica. Desde 1867 a 1873 colabora regularmente en el diario *La República*, que edita Manuel Bilbao, donde promueve el desarrollo de la industria y la agricultura, la educación laica, la igualdad de la mujer y la democracia.

Sobre la base de su proyecto de nación moderna, promueve asociaciones de agricultores, de industriales, de artesanos y de obreros. Propugna organizaciones de tipo cooperativo y de tipo mutual, apoyadas con “leyes protectoras” del trabajo. Sostiene que además de los “derechos políticos” que consagra la Constitución argentina, es necesario luchar por los “derechos sociales”. Varios de sus amigos reunieron estos artículos periodísticos en el volumen *Cuestiones de interés público* (1873). En 1870 aparece como “miembro protector” de la Sociedad Tipográfica Bonaerense y colabora regularmente en sus *Anales* (1870-1871). Según diversas fuentes, fue quien habría facilitado el contacto entre la mutual de los tipógrafos y la Asociación Internacional de los Trabajadores. Es así que *La Fraternidad*, órgano del Consejo Federal de la Región Española, reproduce en sus páginas un artículo de Victory en los *Anales*. Defendió en dichos artículos los principios cooperativistas, divulgando la experiencia de los *pionners* de Rochdale (Falcón 1984; Tarcus 2007b).

Finalmente, consagrado ya a la propaganda masónica, editó una serie de folletos de propaganda y dirigió entre 1873 y 1875 la *Revista Masónica Americana*. Colaboró también en *El Estudiante* (1867) y en los *Anales de Agricultura de la República Argentina* (1873-76). Fue secretario de la Asociación Española de Socorros Mutuos y gerente del FFCC Oeste. Además de su labor periodística, fue un promotor de la modernización del agro argentino: trabajó durante siete años como gerente de la



Sociedad Rural Argentina y fue tesorero y uno de los promotores de la Exposición Nacional de Córdoba, inaugurada en 1871. Se desempeñará allí como director del *Boletín de la Exposición Nacional de Córdoba* cuya publicación se extenderá por varios años (1869-1873). “Fue –dirá Emilio Frers– como el alma secreta que ponía en movimiento todos los resortes sociales, desde la administración del local y las exposiciones, hasta la redacción de los *Anales*”. Además, la Provincia de Buenos Aires le encomendó un Código Rural. Dirigió también *El noticiero agrícola* (1880) y la *Revista popular de la Exposición Rural Internacional* (1884-86). Fue en 1881 uno de los fundadores del Club Liberal. Murió en Buenos Aires, el 10 de mayo de 1897. A pocos días de su muerte *La Vanguardia* lo despedía de este modo: “Ha fallecido el domingo pasado en esta Capital el fundador del primer periódico obrero en la Argentina” (15/5/1897) (Giménez 1917; Olivier 1970; Solari 1976; Tarcus 2007a).

El universo ideológico de Victory y Suárez

Diego Abad de Santillán sostuvo que Victory llegó a la Argentina influido por el ideario democrático radical, de inspiración socialista fourierista, del español Fernando Garrido:

Victory y Suárez no conoció en España las ideas de la Internacional, que comenzaron a propagarse después de estar él en la Argentina; su socialismo humanitario parece influenciado por la lectura de los libros de Fernando Garrido, sobre todo del estudio escrito por este sobre las clases obreras de Europa, cuya exposición de la experiencia de Rochdale parece haberle interesado mucho e influenciado sus concepciones sociales (Santillán 1930: 12-14).

Sin embargo, si bien Garrido debió contarse entre las lecturas obligadas de Victory, la *Historia de las asociaciones obreras en Europa* apareció en Barcelona, en dos volúmenes, en 1863, cuando hacía seis años que Victory se encontraba en Buenos Aires. No hay dudas de que la obra llegó poco después a las librerías de Buenos Aires, donde Garrido era leído. Pero Victory, según sabemos por el esbozo biográfico más preciso que disponemos, fue un activista político ya en la Barcelona de la década de 1850, militancia que le costó el destierro en la Argentina:

Trabaja como tipógrafo. Empieza a escribir. En 1855 colabora en *El Tribuno* barcelonés. La posición política está tomada. Padre e hijo defenderán las ideas republicanas con las armas en la mano. Y por ese motivo ambos deberán huir de España escondidos en un barco mercante



inglés que abandona Barcelona el 24 de agosto de 1857 rumbo a Buenos Aires, adonde llegan el 9 de octubre (Olivier 1971: 6).

La línea de Olivier –“Padre e hijo defenderán las ideas republicanas con las armas en la mano” –, aun en su brevedad, nos proporciona una pista preciosa que, como veremos, conecta directamente con los títulos de la “Biblioteca Popular”.

Victory padre e hijo, ambos tipógrafos, llegan en 1846 a una Barcelona obrero-artesanal que se encuentra en plena efervescencia organizativa e intelectual. En la década siguiente Cataluña será testigo de una intensa propaganda socialista y una agitación obrera que va a concluir con una violenta represión gubernamental.

Según Francisco Mora, un precursor de la historia obrera y socialista en España,

En 1840 se fundó en Barcelona, por iniciativa de un obrero llamado Munts, la Sociedad de Tejedores a la mano, la cual en poco tiempo llegó a contar más de 2000 socios, y que se considera como la primera Sociedad de resistencia al capital constituida en España. Esta sociedad tenía también el carácter de Montepío para el socorro de inválidos del trabajo.

Y añade Mora: “El éxito alcanzado por esta sociedad animó a los obreros de otros oficios a fundar otras de la misma especie, y a medida que la industrialización mecánica fue desarrollándose, fueron también creándose Sociedades obreras en Barcelona y otros puntos de Cataluña” (Mora 1902: 44-45). Entonces, si desde la década de 1840 existían en Cataluña sociedades de tejedores, blanqueadores, tintoreros, pintadores, hiladores, medieros, impresores, alpargateros, etc., no es difícil conjeturar que el joven Victory y su padre formaban parte de la sociedad de impresores.

Estas sociedades obreras eran particularmente receptivas al universo de ideas “asociativas”. En esa misma década surgieron los primeros intentos de Federación entre sociedades como la “Unión de clases”, así como en la década siguiente las “Tres Clases de Vapor”. Paralelamente, “se fundaron también algunas Cooperativas de producción y consumo” en ciudades como Barcelona, Cádiz y Valencia, así como “Sociedades obreras de instrucción y recreo” como el Ateneo Obrero, de Barcelona; el Centro de Lectura, de Reus; el Ateneo de la Clase Obrera, de Villanueva y Geltrú (Mora 1902: 44-45). Es en este marco barcelonés que el joven Victory pudo haber sabido de los incipientes intentos cooperativos, cuyo programa luego propondrá en la prensa argentina.

Esas sociedades obreras languidecieron años después, pero renacieron a mediados de la



década de 1850, momento en que nos encontramos en Cataluña con el pico de conflictos obreros y el inicio de la reacción gubernamental. “Coincidiendo con la revolución de julio de 1854, que dio el poder a los progresistas, el movimiento obrero renació y se crearon nuevas sociedades obreras; se produjo en Barcelona y otras comarcas catalanas una aguda oposición a la introducción de máquinas automáticas denominadas selfactinas” (Termes 1972: 20). Una Comisión de Trabajadores de las Fábricas de Hilados, que lideraba José Barceló, ordenó el boicot contra las máquinas. En enero de 1855 se fundó una Junta Central de Directores de la Clase Obrera. Pero en junio de ese año se desató una vigorosa represión: el gobierno disolvió las asociaciones obreras y los trabajadores asociados fueron despedidos. El 2 de julio se declara, por primera vez en territorio español, una huelga general para toda Cataluña. La huelga fracasó, muchos dirigentes obreros fueron encarcelados, otros emigraron. Barceló fue condenado por un tribunal militar a “garrote vil”.

Con todo, un año después, cuando los industriales textiles exigieron a sus obreros media hora suplementaria de trabajo los días sábados aquellas semanas en que hubiese un feriado, éstos se negaron a obedecer y estalló un nuevo conflicto (junio de 1856). Para peor, estos acontecimientos coinciden con la vuelta de los “moderados” al gobierno español, y el inicio de un nuevo período represivo contra las organizaciones obreras que en la memoria obrera será recordado como “la reacción del ‘56” (Termes 1972: 22).

Pero para aproximarnos a una idea más precisa de este incipiente movimiento obrero anterior a la fundación en España de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1869), es necesario insistir en sus vasos comunicantes con el republicanismo federalista. Francisco Mora observaba que las asociaciones obreras “eran semilleros de ideas revolucionarias, en los cuales se seguía con interés y se apoyaba con eficacia todos los preparativos de la Revolución del 68”. Y añadía Mora: “La clase obrera española, sin propia iniciativa, y desconociendo por completo sus destinos, seguía de buena fe los consejos de los partidos burgueses que más halagaban sus inconscientes aspiraciones de mejora social” (Mora 1902: 46).

Según otro clásico de la historia socialista española, “la masa obrera de las grandes poblaciones es progresista, primero, y luego demócrata, y más tarde republicana



federal” (Morato 1918 [1976]: 41).⁴ La prensa progresista y sobre todo la demócrata –*El Republicano*, *La Soberanía Nacional*, *La Democracia* y *La Discusión*– fue leída por el sector más politizado de la clase obrera española, comenzando por sus propios hacedores, los tipógrafos. “De todos los hombres de los partidos republicanos –sigue Morato–, tres conquistan sobre todo la adhesión y el cariño de las masas, y estos hombres son Abdón Terradas, Sixto Cámara y Francisco Pi y Margall” (41). Y aclara: “Con justicia no puede decirse que Terradas fuese socialista. Su periódico *El Republicano* es leído de las masas, principal y casi exclusivamente en Cataluña, su director es estimado de ellas, pero en el fondo de las doctrinas de Terradas no hay más que un deseo de igualdad política y el anhelo de que los tributos recaigan sobre los ricos”. Sixto Cámara, con su periódico *La Soberanía Nacional* y sus folletos va un paso más allá, llegando a poner en cuestión la propiedad individual.

Y quien primero habla de la iniquidad del capital es Pi y Margall el año 54, en un Manifiesto publicado en *El eco de la Revolución*, documento que *Iberia* calificó de incendiario... En 1864, cuando se encarga de dirigir *La Discusión* y se entabla la histórica polémica con *La Democracia* de Castelar, Pi y Margall llega a declarar ilegítima y antisocial la propiedad de la tierra.

Y concluye Morato: “Merecía, pues, el partido republicano –o lo merecían algunos de sus hombres– la considerable popularidad de que gozaba entre los obreros. Tenemos, pues, que al fundarse la Internacional gran número de obreros industriales eran republicanos” (42-43). Así lo confirma también Diego Abad de Santillán: “El movimiento de inspiración republicana y social adquirió un vigor considerable por haberse vinculado con fuertes núcleos obreros” (Santillán 1968: 65).

Más de medio siglo después de los primeros ensayos de historia obrera, la historiografía académica vino a confirmar esta perspectiva:

Los obreros y sus débiles, impotentes y esporádicas organizaciones actuaron conjuntamente con la clase media en todas las grandes conmociones políticas del siglo XIX. Les vemos desertar del trabajo en 1820 colaborando con los industriales de Barcelona en el triunfo de Riego y del liberalismo constitucionalista; en las barricadas callejeras durante el alzamiento progresista de 1854; y en los innumerables motines, asonadas y alzamientos de Madrid, Barcelona y otras capitales. Lucharon en las sublevaciones

⁴ Hace referencia a la dinámica de división y recomposición de los partidos políticos españoles, el Progresista y el Demócrata.



republicanas de Andalucía y de Cataluña y colaboraron decididamente en el destronamiento de los Borbones. Pero nunca formularon colectivamente un plan opuesto, ni tan solo distinto, del que planteaban liberales, progresistas, demócratas o republicanos (Termes 1972: 27).

En forma paralela, las ideas socialistas provenientes de Francia nutrían tanto al ala izquierda de los progresistas como a las asociaciones obreras. Así, Pi y Margall va a traducir *El Principio Federativo* y otras obras de Proudhon. Según Santillán, “en las sociedades obreras clandestinas se difundieron las doctrinas de Cabet” (Santillán 1968: 64). Las ideas del socialismo francés también se abren camino en la incipiente prensa obrera. Narciso Monturiol, influido por las ideas del autor del *Viaje a Icaria*, editó en Barcelona el periódico *La Fraternidad* (1847-1848) y enseguida *El padre de familia* (1849-1850). Monturiol, junto al novelista e historiador Francisco J. Orellana, va a traducir al español el *Viaje a Icaria* de Cabet en 1848 y va a publicarlo, antes de su aparición como libro, a lo largo de las páginas de *La Fraternidad*. Otro cabetiano, el músico José Anselmo Clavé, fundaba este último año las “asociaciones corales”, formadas fundamentalmente por obreros (Termes 1972: 17; Elorza 1970: 100 y ss.). Según la tesis inédita de González del Rivero, Ceferino Tresserra formó parte del grupo de cabetianos de *La Fraternidad* e incluso podría ser el autor de algunas traducciones del francés:

Tresserra, que por entonces contaba diecisiete años, según los trabajos de Iris Zavala, formó parte de este reducido núcleo de socialistas utópicos. La misma investigadora atribuye a nuestro autor la traducción de algunos escritos de Cabet, aunque no especifica cuáles. Elorza cita a Orellana y Monturiol como traductores seguros de *Viaje por Icaria*, aunque menciona otras dos obras de Cabet de 1848, *De qué manera soy comunista* y *Mi credo comunista*, y no informa sobre su traductor, que quizá fue Tresserra (1970: 102). Entre el puñado de miembros del grupo de cabetistas que enumera el mismo Elorza, Monturiol, Terradas, Orellana, Paula Coello, Clavé o Suñer y Capdevila, no aparece nuestro novelista (1970: 101). En todo caso, este elenco, del que advierte de su carácter no exhaustivo, coincide con el núcleo que muy poco después fundará el Partido Demócrata español y en el que es seguro que se halló Tresserra.

El 12 de diciembre de 1847 los cabetistas catalanes fundaron *La Fraternidad*, periódico que desde su aparición “se presentó al lector como órgano del partido socialista español, depositario de la verdad social, tal y como la misma quedara expuesta por los escritos de Cabet” (Zavala, 1971: 102). Zavala considera a Tresserra uno de los cofundadores de la publicación comunista, aunque no aporta más datos sobre su participación



(1971: 140) (González del Rivero 2008: 42-43).

Por su parte, Monturiol y todo “el utopismo catalán está íntimamente ligado a las corrientes democráticas de cariz jacobino”. Monturiol, Clavé, Tresserra y otros cabetianos se integraron al Partido Demócrata después del fracaso de expedición icariana a los Estados Unidos de 1848. En el seno de este partido se desarrolló un ala izquierda autodenominada “socialista” por oposición a los “individualistas”, aquella que editó el periódico *La Discusión*. Termes precisa el alcance del término “socialismo” de los hombres de *La Discusión*,

que deseaban suavizar las diferencias sociales, que pretendían mediar en la brutal pugna entre las diversas clases sociales y mejorar las condiciones de vida del obrero, porque habían comprobado las deficiencias del sistema capitalista de libre competencia. En síntesis, eran partidarios de la intervención del Estado en el campo social y económico, y deseaban una legislación que amparase al obrero, que regularizase el trabajo de los hombres, limitase el de las mujeres y suprimiese el de los niños.

Eran “socialistas” en tanto se oponían al individualismo económico (Termes 1972: 16-17; 27-28).

Nos encontramos, pues, en un momento de transición entre las antiguas corporaciones obrero-artesanales, donde el patrón era todavía “el maestro”, y los sindicatos obreros de fines del siglo XIX, para los cuales el patrón será “el burgués”, el enemigo de clase que usufructúa el trabajo ajeno (Morato 1918 [1976]: 40). La dinámica de la resistencia a la introducción de maquinaria moderna y los reclamos salariales, así como una primera voluntad de autoorganización, ya en las décadas de 1840 y 1850 empuja a los obreros a la confrontación con la burguesía industrial catalana, pero esta tendencia es contrapesada con el influjo político, intelectual y moral, que el ala izquierda republicana ejerce aún sobre los trabajadores.

Con el nacimiento de la Internacional en España (1869) y la hegemonía de los anarquistas se abre un nuevo ciclo en el movimiento obrero español, pero hasta entonces el asociacionismo obrero fue activamente politicista; en su universo ideológico se conjugaron, pues, el utopismo cabetiano con el socialismo asociacionista y reformista, el cooperativismo y el culto del estudio y la ilustración como fase previa a la emancipación social; el republicanismo, el federalismo y la democracia. Este y no otro es el universo político-intelectual de Victory y Suárez.



Una editorial de izquierdas en la Buenos Aires de 1864

La biblioteca de este universo ideológico contaba con las ediciones de la tradición ilustrada que desde principios del siglo XIX venía llevando a cabo el Abate Marchena, con las versiones españolas de *La Democracia en América* de Tocqueville de 1843 y 1854, así como con las traducciones castellanas de los socialistas románticos franceses, como Lamennais (traducido por Larra), Cabet (vertido al español por Monturiol) y Proudhon (traducido por Pi y Margall). Dentro de la propia España, esta biblioteca tenía por autores egregios a Emilio Castelar, Ramón de la Sagra, Narciso Monturiol, Celestino Tresserra, Fernando Garrido y el propio Pi y Margall.

Es en este universo de obras y de autores en el que está imbuido Victory cuando se exilia en la Argentina en 1857, a la edad de 24 años, trayendo consigo, muy probablemente, su “burros” tipográficos con sus cajones, sus tipos, sus orlas, sus viñetas, su sacapruedas, su prensa y su tipómetro; y seguramente los folletos y libros de esta biblioteca republicano-socialista además de su experiencia en el incipiente movimiento obrero español.

Ahora bien: aunque las tradiciones políticas contemporáneas se han constituido sobre la base de la contraposición entre liberalismo y socialismo, Tocqueville, Tresserra y Cabet formaban parte –no sin tensiones, claro– de la biblioteca de un republicano radical de 1848 o 1855. Procesos sociales como la formación de una intensa trama de instituciones que conforman la sociedad civil en los Estados Unidos que estudia detenidamente Tocqueville, merecían su atención, su estudio y su aplauso tanto como las experiencias de sociedades icarianas (también en los Estados Unidos) o de asociación cooperativa, como la *Rochdale Equitable Pioneers Society* de Inglaterra. El Tocqueville que se empeña en editar Victory en 1864 no es tanto el teórico del liberalismo que concebimos hoy, como el brillante ensayista político que vio en la lucha por la igualdad el motor de la historia moderna, que renunció a la aristocracia para anunciar el irreversible advenimiento de la democracia, es el diputado de 1848, el vicepresidente de la Asamblea Nacional de 1849, el opositor al golpe de Estado de 1851.

Victory, como a su modo lo hicieron otros republicanos españoles de su tiempo, adhirió a un socialismo definido por una voluntad asociativa que venía a contrapesar los riesgos del liberalismo individualista de libremercado. Entonces, ¿por qué editar a un



“comunista” como Cabet en el Buenos Aires de 1864? Una “Advertencia” del editor, firmada en Buenos Aires el 1° de noviembre de 1864 comienza con lo que a primera vista parece una cita implícita al *Manifiesto Comunista*: “El comunismo ha sido uno de los fantasmas con que se ha querido aterrar a los espíritus débiles por ignorancia o por egoísmo” (1864: 1).⁵ Victory quiere que se reconozca en el comunismo una de las “grandes concepciones del mundo” orientadas a remediar los males sociales:

El Comunismo es, sin embargo, una de las infinitas teorías nacidas del estudio de las miserias sociales y de los medios que la razón enseña para extirparlas. El sistema puede ser más o menos completo y más o menos conforme con la naturaleza del hombre; siempre que se discutan, pues, estos dos puntos, el Comunismo conservará el puesto elevado que ocupan las grandes concepciones del pensamiento; no se rebajará al nivel de la farsa, mientras no se demuestre que es irrealizable y que no es estable.

El editor destaca la proyección práctica de lo que aparece como una nebulosa utopía, insistiendo en el carácter aún experimental de la propuesta icariana: “Cabet ha probado que puede el Comunismo ser un hecho práctico. Que su organización ofrezca garantías de estabilidad por mucho tiempo, es lo que ni se puede negar ni se puede afirmar, porque la frustración de uno ni cien ensayos, no implica la imposibilidad de la estabilidad del Comunismo”.

Una vez más, emprende Victory la defensa de lo que desde la perspectiva del orden es descalificado como “anárquico” o utópico”:

Ofensiva y raquítica por demás sería la hipótesis de que el *Comunismo de Cabet* es indigno de ocupar la inteligencia del hombre por el solo hecho de haber fracasado en su primer ensayo, o porque tales o cuales personas de talento han argumentado en contra de la posibilidad de su realización y lo han combatido además por considerarlo anárquico y perturbador del orden: mas, ¿cuál es la idea nueva que no es anárquica antes de ser un hecho? ¿cuál es la reforma que no entraña desorden? ¿Cuál es la más insignificante acción gubernativa que no trastorna el orden establecido sobre el que acciona? ¿Se puede citar un solo paso dado por la humanidad en la senda de su progreso, que no haya agitado primero, perturbado luego, para establecer después en la vida práctica la idea que germinaba como precursora del progreso? ¿La vida humana no es una revolución continua?.

⁵ Si Victory conoció el *Manifiesto Comunista*, fue en una época ulterior, a partir de la edición española de 1886 o de la argentina de 1893 (Tarcus 2007b). El “fantasma del comunismo” no es una creación de Marx y Engels sino que, como lo ha mostrado Gareth Steman Jones (2007: 19), era abundantemente agitado por la literatura de la reacción ya en la década de 1840, literatura que Victory conocía perfectamente.



Victory se hace eco aquí de la página final del opúsculo de Cabet, donde el francés argumenta que siempre se descalificó como “imposibles” a todas y cada una de las innovaciones de la humanidad.

Victory agrega al texto de Cabet un apéndice bajo el título de “Una explicación”. Allí reproduce un artículo propio, “La verdad social”, aparecido inicialmente en su periódico *El artesano* (9 de mayo de 1863), donde había hecho su profesión de fe socialista. Pero en una breve página, de particular interés, justifica la reedición de dicho artículo aquí, para establecer una diferencia entre el comunismo de Cabet y su concepción no comunista, sino socialista democrática. Aclara Victory:

He sabido que se me ha calificado de *Comunista* por el hecho de publicar este libro. Ninguna importancia daría yo a esta calificación si no me constara que es maliciosa y que envuelve la idea de hacerme desconceptuar ante cierta clase de personas. Digo esto, porque los que me llaman comunista, abrigan la torcida creencia de que el Comunismo es la religión social de la gente perdida... de la chusma! Por esto me creo en el deber de manifestar que no soy Comunista, pero al mismo tiempo, contra semejante ultraje a este Sistema, opongo la lectura de este mismo libro y recuerdo las doctrinas comunistas de Cristo y de sus Apóstoles. No soy Comunista, pero soy *socialista*; no soy partidario del sistema de Cabet y mucho menos del sistema Comunista monacal, pero lo soy de otro (1864: 151).

Seguramente Victory no compartía plenamente el programa cabetano, particularmente su concepción de la “comunidad de bienes”, ya fuese ésta monacal o moderna. Cabet distinguía, en el mismo libro editado por Victory, la “comunidad de bienes” fundada en el progreso industrial y el maquinismo, que él postulaba, de la “igualdad de la miseria” que convertiría en “monjes” a los hombres y haría, de la sociedad, un “convento” (1864: 10).

Victory se había proclamado socialista un año antes, en el artículo que transcribe a continuación como prueba de su orientación.

Lo he manifestado en *El artesano*, cuando estaba bajo mi dirección. Precisamente manifesté ser socialista escribiendo un artículo que tenía por objeto definir separadamente dos ideas que generalmente se confunden en las discusiones políticas y de cuya confusión nace necesariamente la palabrería hueca, la farsa, el caos. Me refiero a la definición separada de la idea política y de la idea social: la primera representada por la palabra república, y la otra por la palabra Democracia (1864: 151).

El artículo no llegaba tan lejos como Cabet, a la fundación de “icarias” o a la



“comunidad de bienes”, pero sin duda estaba inspirado en sus principios y sus valores. No nos olvidemos que, en suma, el comunismo de Cabet no es revolucionario sino reformista y democrático; no es clasista, sino que interpela a todo el arco de “lo popular”.

En suma, la unidad ideológica de la “Biblioteca Popular” hay que buscarla en esta intersección prototípica de mediados del siglo XIX entre: por un lado, el librepensamiento de corte masón; por otro, ese liberalismo de avanzada que desde 1840 cuestiona algunas de las bases mismas del liberalismo, como la propiedad privada, para adherir al programa igualitario y democrático; y, finalmente, el incipiente socialismo romántico.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego [seud. de Sinesio Baudillo García] (1930). *El movimiento anarquista en la Argentina. Desde sus comienzos hasta el año 1910*, Buenos Aires, Argonauta.
- _____ (1968). *Historia del movimiento obrero español. De los orígenes a la restauración Borbónica*, Madrid, ZYX.
- Cúneo, Dardo (1945). *El primer periodismo obrero y socialista en la Argentina*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- _____ (1967). *Comportamiento y crisis de la clase empresaria argentina*, Buenos Aires, Pleamar.
- Elorza, Antonio (1970). *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza.
- Falcón, Ricardo (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL.
- Garrido, Fernando (1869). *Historia del reinado del último Borbón de España: de los crímenes, apostasías, opresión...*, Barcelona, Librería de Antonio de San Martín.
- Giménez, Ángel (1917). “Precursores del socialismo en la República Argentina”, Buenos Aires, La Vanguardia.
- Maluquer de Motes, Jorge (1970). “Presentación”. Fernando Garrido, *La Federación y el socialismo*, Barcelona, Mateu.
- Mora, José (1902). *Historia del Socialismo Obrero Español*, Madrid, Imprenta de I. Calleja.



- Morato, Juan José (1976) [1918]. *El Partido Socialista Obrero*, Madrid, Ayuso.
- Olivier, Ernesto (1970). “Bartolomé Victory y Suárez, propagador de la cooperación en la Argentina”. Bartolomé Victory y Suárez, *Cuestiones de interés público. Las asociaciones cooperativas. 1870*, Buenos Aires, Círculo de Estudios Cooperativos de Buenos Aires.
- Pastormerlo, Sergio (2006). “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial”. José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2000*, Buenos Aires, FCE.
- Puig i Oliver, Jaume de, “Notes sobre el manuscrit del Directorium Inquisitorium de Nicolau Eimeric conservat a la Biblioteca de L’Escorial (MS. N. I. 18)”, p. 530, consultado en:
<http://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000005/00000065.pdf>
- Ramos González del Rivero, Pablo (2008). *Las armas de la república europea de las letras: propaganda y pedagogía democráticas en la narrativa popular decimonónica*. Ceferino Treserra, Madrid, Tesis defendida en la Universidad Autónoma de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras.
- Stedman Jones, Gareth (2007). *El Manifiesto Comunista de Karl Marx y Friedrich Engels*, Madrid, FCE.
- Solari, Juan A. (1976). “Un precursor”. *Recuerdos y anécdotas socialistas*, Buenos Aires, La Vanguardia.
- Tarcus, Horacio (2007a). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda”. 1870-1976*, Buenos Aires, Emecé.
- _____ (2007b). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos. 1870-1910*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Termes, Joseph (1972). *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Ariel, 1972.
- Zabala, Iris (1971). *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI.